



MALDITA FATALIDAD

Ana Sanchidrián

MALDITA FATALIDAD



Primera edición: junio de 2020

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Ana Sanchidrián

ISBN: 978-84-18366-02-4

ISBN digital: 978-84-18366-03-1

Depósito legal: M-12751-2020

Editorial Adarve

C/ Ros de Olano 5

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

*A María, Carmen, Alberto, Juani, Javier y Encarna.
A mi hija Rocío y a mi sobrino Carlos, con el que
comparto tantos gustos.*

ÍNDICE

1 EL EXTRAÑO SECUESTRO DE FANGIO.....	11
2 NOCHE TRÁGICA EN EL PAY-PAY	19
3 COMIENZA LA HUIDA.....	27
4 ESTANCIA EN LA HACIENDA DE LOS PARRA	37
5 CAMINO DE CÓRDOBA.....	45
6 MILAGRITOS LA DE PUENTE GENIL	55
7 LA VUELTA CICLISTA LES TORCIÓ EL RUMBO.....	63
8 LA SEÑORITA MARÍA DE LOS LLANOS	71
9 EL ASALTO	81
10 EL SECUESTRO.....	93
11 RUBÍ LA GATA	103
12 REANUNDANDO LA HUIDA	113
13 UN ENCUENTRO PROVIDENCIAL.....	121
14 CANFRANC.....	129
15 UNA CENA MUY INSTRUCTIVA	139
16 NOCHE DE CONFESIONES	147
17 UN DÍA ACIAGO DE LLUVIA	155
18 CHARLA DURANTE LA ESPERA	165
19 LOS PAPELES DE LA ADUANA.....	173
20 PRIMERA SALIDA COMO CONTRABANDISTA.....	181
21 LA DECISIÓN DE PIERRE.....	189
22 UN PASO HACIA LA LIBERTAD.....	199
23 UN ERROR IMPERDONABLE.....	207
24 SEGUNDO VIAJE A FRANCIA.....	217
25 LOS BALZAC	227

26 UNA NUEVA VIDA	237
27 GASTÓN MARTÍN.....	247
28 LOS AÑOS PERDIDOS	257
29 LA TRANSICIÓN Y LA DUDA	265
30 UNA ESPANTOSA NOTICIA	273
31 REENCUENTRO CON EL PASADO	283
32 REGRESO A CASA	295

EL EXTRAÑO SECUESTRO DE FANGIO

A veces, el destino juega malas pasadas, y nos cuesta aceptar que los acontecimientos nos están llevando a la perdición. No es que hayamos hecho una locura, es que hemos tenido mala suerte. Porque la suerte existe, y puede ser buena o mala por mucho que nos martilleen el cerebro con ideas de libre albedrío.

De ello podría dar buena fe Gerardo Calleja, tercera generación de profesionales de la medicina cuyo previsible futuro, se vio irremisiblemente truncado. Había nacido en Cádiz, hijo de don Gerardo Calleja y doña Elvira Palomares, su vida había transcurrido en una buena casa de la calle Antonio López en cuya planta baja, su padre y anteriormente su abuelo, habían mantenido una afamada consulta de medicina general.

Nunca tuvo motivos para quejarse. Pertenece a una buena familia, y todo hacía prever que en su vida no había espacio para los sobresaltos: había sido alumno en el colegio de San Felipe Neri, cursó Medicina en la ciudad y, finalmente empezó a prestar sus servicios en la consulta paterna. De naturaleza dócil, siempre tuvo amigos porque era considerado, con razón, una gran persona. Pero las cosas empezaron a torcérselo a raíz de la prematura muerte de su progenitor, que había gozado de gran reputación hasta que una inesperada angina de pecho, se lo llevó al camposanto en dos días.

Ahora él, Gerardo Calleja Palomares, a sus 26 años había heredado la consulta, pero muy su pesar, no su alabado ojo clínico.

Llevaba toda la tarde enfrascado en el estudio, era sábado, y quiso aprovechar para repasar el historial de *Manolito*. Consultó libros y reflexionó, no se le ocurría qué más podía hacer. Cuando el viernes doña Claudia lo llevó a la consulta, las ojeras le daban aspecto de viejo decrépito y la tos seca persistía, nada había surtido efecto. Habían resultado tan inútiles sus remedios, como los esfuerzos de su madre porque el chiquillo tuviera buen aspecto: ni los jarabes, ni la ropa, ni el corte de pelo a lo Pablito Calvo le habían mejorado y al verle, todos presentían que se hallaban ante un fantasma en un *tris* de desaparecer.

Y es que *Manolito* siempre había sido un niño enclenque. Doña Claudia siempre quiso ser madre y por buena o mala suerte, se quedó embarazada a los 36 años. La gestación estuvo plagada de problemas, la señora era un suspiro y a su padre le costó la misma vida que llegara a término; afortunadamente lo consiguió gracias a sus remedios, y a que no le permitió a doña Claudia abandonar el lecho durante los nueve meses. Pero ahora, el gran doctor no estaba y él se sentía perdido. No era por falta de empeño, estudiaba mucho, pero carecía de su intuición y cuando un caso como el de *Manolito* se le resistía, se cogía unos agobios que le impedían dormir.

Levantó la vista del libro, se quitó las gafas de montura de concha y se masajeó la nariz. Permaneció unos instantes presionando los lacrimales y al abrir los ojos, miró en derredor: la camilla, el perchero, las vitrinas con el instrumental, su título y el de su padre colgados de la pared... Ese había sido su entorno desde que nació, y todo hacía presagiar que lo sería hasta su muerte. Suspiró, y no pudo evitar sentirse derrotado.

Tocaron a la puerta, y apareció la oronda figura de su madre enfundada en un abrigo negro. Le miró con pena y dijo con prisas:

—Hijo, ha venido Pablo. ¿Por qué no salís a tomar el fresco? Yo me voy corriendo a misa de ocho a San Antonio.

Dejó el paso franco e irrumpió Pablo. Porque Pablo Alegre Guerra nunca entraba, irrumpía en los sitios con aquel pelo en-sortijado y su arrolladora personalidad. Permaneció apoyado en el quicio hasta que el taconeo de doña Elvira se alejó y entonces, con esa mirada seductora con un punto de canalla que tanto fascinaba a las mujeres —el Clark Gable de Cádiz le llamaban— se acercó a Gerardo haciendo aspavientos. Y es que había que reconocer que a Pablo le venían sus apellidos como anillo al dedo. Era listo, vital, simpático, juerguista y como solía decir, muy aficionado al bello sexo entre el que tenía bastante éxito, gracias a que era ocurrente y guapo a rabiar.

Se conocían de toda la vida. Habían sido compañeros de pupitre y siempre anduvo metido en líos, algunos realmente gordos, como cuando puso aquel taco de tizas bajo la pata de la silla del profesor de latín y al sentarse, perdió el equilibrio y cayó espata-rrado. Se formó un jaleo impresionante y el director, rojo de ira, amenazó con expulsarles a todos, pero Pablo dio la cara y se auto inculpó. Si no hubiera sido porque pertenecía a una buena familia de armadores de buques, le habría echado sin remisión.

Gerardo le apreciaba de corazón, le consideraba un hermano porque siempre fue un gran amigo que no tuvo reparos en echarle una mano con las mujeres. Sin su ayuda, no lo habría conseguido, porque humildemente tenía que reconocer que él no despertaba el menor interés entre las féminas: no era ingenioso, ni especialmente alto, ni guapo y para su desgracia, empezó a perder pelo a los 18 años. Ahora, a sus 26 primaveras, lucía algo más que una frente despejada, como eufemísticamente la llamaba Pablo cuando trataba de consolarle por tan irreparable pérdida.

—Qué haces trabajando un sábado? Es un pecado de los gordos según los judíos —preguntó sonriente mientras le daba una palmada en la espalda.

Gerardo se encogió de hombros mientras señalaba el libro.

—¿Tú qué crees? No consigo que el niño de doña Claudia remonte, y ya no se me ocurre qué más probar.

—No sé qué decirte chaval, yo soy corredor de comercio. A lo mejor, lo que ese crío necesita es más aire puro y menos braseros, que está más blanco que la leche —hizo una pausa, y se sentó en una de las sillas destinadas a los pacientes—. Déjalo, que los sábados descansa hasta el Espíritu Santo, y no te va a llegar la inspiración por muchas horas que echés. Por cierto, ¿te has enterado de lo de Fangio? Hay que ver cómo está el patio por ahí fuera, con lo bien que se vive en mi Cádiz.

—¿Qué le ha pasado a Fangio?

—Estás a la luna de Valencia. Vas a terminar como el niño de doña Claudia, blanco como el papel y medio alelado —miró al vacío unos segundos—. Pues resulta que le secuestraron justo antes de la celebración del Gran Premio Automovilístico de La Habana —negó con la cabeza—. Estos cubanos están majaretas, entraron en el hotel y le cogieron delante de todo el mundo —reflexionó unos instantes—. Hay que reconocer que los castristas tienen un par de huevos, porque hay que echarle valor para hacer una cosa así.

Gerardo se enderezó en su silla. Siempre le habían gustado los coches y sentía verdadera admiración por Fangio, el mejor piloto de bólidos de todos los tiempos. No había carrera que se le resistiera y su sola presencia en un Gran Premio, ya era garantía de éxito. Cuando podía, leía las crónicas de los periódicos y miraba las fotografías en las que aparecía rodeado de hermosas mujeres y al concluir, siempre sentía ese punto de sana envidia que se les tiene a los héroes inalcanzables.

—¡Qué raro, mi madre no me lo ha comentado!

—Seguro que tu madre no sabe quién es Fangio, así que no sé de qué te extrañas.

—Cuéntame cómo ha sido —dijo muy interesado—. Llevo unos días muy ocupado y casi no he salido.

—Pues nada, chico, que acababa de bajar al vestíbulo y estaba charlando con unos amigos, cuando se les acercó un desconocido pistola en mano y ordenó: «¡Qué nadie se mueva!». Como com-

prenderás, se quedaron de piedra. Preguntó quién era Fangio y cuando se identificó, dijo que venía a secuestrarle, pero que no se preocupara porque no le iba a pasar nada grave. En vista de que el tipo no estaba solo porque otros dos le guardaban la espalda, se fue con ellos. Le retuvieron más de un día y cuando le soltaron, declaró que lo habían tratado muy bien: le habían dejado ducharse, afeitarse y le dieron de comer como a un príncipe, así que estuvo tranquilo, porque nunca llegó a sentirse verdaderamente amenazado. Un lío muy gordo. Léete la crónica de Casariego en el Blanco y Negro, que da todo tipo de detalles.

—¿En serio? Parece una película de suspense.

—Algo así. Bueno, dejemos a Fangio que a nosotros ni nos va ni nos viene, y coge la chaqueta que nos vamos de parranda. Me han dicho que al Pay-Pay han llegado unas cubanitas para chuparse los dedos. Se menean al ritmo del son cubano muy ligeras de ropa, y tienes que andar con cuidado para no resbalar con las babas que suelta la *parroquia*. Date prisa, porque aquello se pone de bote en bote y hay que llegar con tiempo.

—¿Te has pensado lo del Pay-Pay? A Rosario no le va a gustar.

—Mi *santa* está en Málaga visitando a la familia de su madre, y no se va a enterar. Y aligera de una vez, que quiero coger mesa en primera fila.

Gerardo se acordó de Rosario y de sus ojos color miel. Si alguna vez hubiera tenido la menor posibilidad con ella, no lo habría dudado, y le habría sido fiel toda la vida. Pero Pablo era de otra pasta y no valoraba su suerte, así que cuando se despistaba la chiquilla, le ponía unos cuernos dignos de pasar a la historia. A pesar de lo mucho que había insistido, nunca consiguió que se parara a pensar en las consecuencias de sus deslices y por eso, aquella vez no lo intentó.

Salió de la habitación, atravesó el patio que servía de sala de espera desde que su padre lo cubrió con la montera, y entró en el cuarto de baño a repeinarse con brillantina y rociarse de colonia. Luego volvió con Pablo, cogió su chaqueta, apagó la luz y dijo tratando de animarse:

—Vamos a ver a las cubanitas que si Rosario no te controla, menos lo conseguiré yo.

Salieron a la calle y vieron gente, porque a pesar de la humedad y de ser marzo, el tiempo estaba dando una tregua y ya no llovía. De todos modos, decidieron ir en coche, seguían las nubes amenazadoras, y no quisieron correr el riesgo de ponerse como *sopas*. Se dirigieron a la cochera para coger el Seat 600 que con tanta ilusión había comprado y, nada más verlo, Pablo exclamó:

—¡Anda que no tienes el *seita* guarro! ¡Ni que vinieras del campo!

—Es que el domingo estuve de montería y no he tenido tiempo a lavarlo. Ni siquiera saqué la escopeta del maletero, venía agotado y me fui a la piltra. No sabes el chaparrón que nos cayó, llegué empapado y con las manos vacías. ¡Anda, subel, que te estás volviendo muy señorito.

Fueron directos al Pay-Pay, era temprano y tuvieron suerte, porque aparcaron casi en la puerta. Se asomaron y, en cuanto sus ojos se acostumbraron a las bombillas rojas de 25 vatios, comprobaron que estaba vacío. A pesar de ello, el olor a tabaco y a alcohol de garrafón, les dio una tremenda bofetada; debía impregnarlo todo desde el mismo día de la apertura. Era un olor tan característico, que lo hubieran reconocido en cualquier lugar del mundo: olía a Pay-Pay.

Se quedaron en la puerta sujetando la cortina para renovar el aire. Vano intento, aquel local llevaba tanto sin orear, que hubiera necesitado un lustro de ventanas abiertas, y ni aun así lo hubiera conseguido.

—Vamos a echar un pitillo fuera, que en cuanto veamos acercarse a los primeros, nos metemos a coger sitio —sugirió Pablo.

Se quedaron fumando al aire libre. Entonces, el olor a Pay-Pay fue sustituido por el de orines y basura de los alrededores, porque eso era lo que se respiraba en aquel barrio infecto. Las paredes, impregnadas de salitre, se desconchaban rezumando mierda, y en las calles hasta arriba de desperdicios, los gatos campaban a sus anchas. Allí todo era insalubre y lo que era peor, parecía condenado

a seguir así por los siglos de los siglos. Por eso sonaba a sarcasmo la operación «Cal y Geranios», que el alcalde se había inventado para disimular la miseria: el Populo era una cochambre en el que un enjambre de desarrapados, malvivían al borde de la inanición.

Gerardo sacó su paquete de Cherterfield, y lo ofreció mientras le pedía con interés:

—Cuéntame algo más del secuestro.

—Terminó bien para él, ya te he dicho que lo soltaron pronto y le trataron de fábula. Ha hecho unas declaraciones agradeciéndoselo a sus secuestradores. Incluso ha dicho que lo daba por bien empleado, si al final resultaba ser bueno para Cuba. No veas cómo se ha puesto Batista. Hay periódicos que sostienen que no ha sido un secuestro, sino una pantomima de Fangio para colaborar con los revolucionarios.

—¿Sí? ¿Tú crees?

—No lo sé ni me importa. A mí, todo lo que ocurra más allá de mi Cádiz, me la trae al fresco. Las cubanitas me interesan porque están aquí, me alegran la vista y con suerte, puede que algo más. En cualquier caso, siempre me queda el recurso de Mary, que es una *gachí* muy dispuesta —guiñó el ojo y soltó una carcajada.

Gerardo se quedó pensativo. No acababa de creerse lo del secuestro, le parecía imposible que pudiera ocurrir en un gran hotel, delante de todos. A lo mejor los periódicos tenían razón y había sido una farsa. Pero... ¿para qué se iba a meter Fangio en ese follón, si llevaba una vida regalada y era el hombre más envidiado de planeta? En cuanto que llegara a casa pensaba leerse la crónica de Casariego, a ver si conseguía encontrarle sentido a la rocambolesca historia.

